



PÉREZ-REVERTE, Arturo, *Un día de cólera*, Madrid, Alfaguara, 2007. 401 pp. ISBN: 978-84-204-7280-5.

Jesús Félix Pascual Molina
(Universidad de Valladolid)

Ni ficción, ni libro de Historia. Así define Arturo Pérez-Reverte el relato *Un día de cólera*, acercamiento a los hechos del dos de mayo de 1808 desde el punto de vista de sus múltiples protagonistas, franceses y españoles, a pié de calle y desde los despachos de los oficiales franceses, desde las ventanas y entre los cadáveres del parque de artillería, al lado del pueblo anónimo y de los protagonistas históricos, junto a héroes y cobardes, hombres y mujeres.

El relato de los hechos, no debe entenderse como una novela al uso. Absténgase quienes busquen una realidad novelada, o una novela histórica. Reverte describe el Madrid de principios del XIX, sus calles, sus rincones -ayuda a situarse, un mapa de la época que acompaña al libro-, durante la jornada del 2 de mayo, centrándose en los protagonistas de los hechos, haciendo que su relato se parezca más a un parte informativo, a un documental, que a otra cosa. En ocasiones, las listas de nombres, el recuento de bajas, la exhaustividad de los datos proporcionados por el autor, puede desconcertar al lector, especialmente a aquel que busque una suerte de Alatríste decimonónico.

No es el primer acercamiento de Pérez-Reverte a la historia contemporánea española, especialmente al período napoleónico que tanto le agrada. Ya hemos leído su *Cabo Trafalgar*. Pero la obra que nos ocupa poco tiene que ver con aquella. El lenguaje moderno, la invención de un navío y su tripulación para contar la historia desde dentro, las licencias literarias, aparecen en la narración de los sucesos de 1805. En el caso de *Un día de cólera*, no existe nada similar. No es que el autor no se tome ciertas libertades, propias del oficio -sólo ha inventado en torno a un veinticinco por ciento dice Reverte-, sino que se pretende que la información proporcionada sea objetiva, trasladar al lector a los hechos, y que sea él el que interprete lo ocurrido. El propio autor ha señalado que su intención era adoptar un tono documental, y dejar que el lector decida. El autor hace,

según sus palabras, de reportero, profesión que conoce muy bien: “Quiero que el lector corra con el aliento de los caballos franceses a la espalda”, ha indicado.

Los sucesos narrados son harto conocidos. Tanto la literatura, a través sobre todo de Galdós, como el arte, con los magníficos lienzos de Goya, han contribuido a que los hechos sean bien conocidos, especialmente en cuanto a tópicos. Sin embargo, como reza el eslogan promocional, nadie lo había contado así. La asepsia con que se narra esa jornada hace que la participación del lector sea clave para interpretar los hechos y esa implicación lleva a un acercamiento a la Historia, así como a recordarla. Y conocer nuestra historia es conocernos a nosotros mismos. Al margen de cuestiones literarias -que no soy el más adecuado en juzgar- ese es el gran valor de la obra de Reverte, devolvernos nuestra historia, y hacer que la conozcamos y juzguemos. En primer plano.